



Yolanda Puyana Villamizar*

Cuando a mi vida ha llegado el conflicto armado: narraciones de hechos que no quiero repetir

Mario Benedetti en un poema sobre la forma como narramos nuestra vida escribe:

*.... Ahora que estamos viejos
ya le dimos alcance a la verdad
el océano es por fin el océano,
pero la muerte empieza a ser la
muerte de nosotros”*

Si bien cada época contiene una forma de pensar, una manera específica de interpretar nuestro ciclo vital, en la vejez le damos más alcance a la verdad, porque esta no está permeada por tantos intereses ocasionados por la expectativa que un futuro mejor produce. Comparto con Stefan Zweig quien en la voz de su personaje, se refiere así al respecto: “A partir de aquel instante comencé a sentirme más tranquila. La vejez no implica más que cesar de sufrir por el pasado”.

A los 66 años y recordando mi vida, puedo afirmar con sentimientos encontrados, como ésta ha estado permeada por el conflicto armado colombiano y arriesgarme a traer a colación estas crónicas, tal como se entretajan entre mis recuerdos. Mi relación con la violencia colombiana se

inicia muy niña en Bucaramanga por los años de 1950, continúa ante las experiencias de dos secuestros de un hermano en 1992, el asesinato de un compañero de trabajo, luego el secuestro de un sobrino en 1999, así como el exilio del padre de mi hija, en el mismo año. Todos estos hechos han constituido hitos, definidos por las ciencias sociales como momentos impactantes en la vida, que cambian las continuidades del ciclo vital.

Deseo referirme a estos hitos en medio de esta coyuntura - las negociaciones para la paz entre el gobierno de Santos y la guerrilla de las Farc-, una época en la que me es imposible estar ajena a los procesos políticos nacionales, pues gozo cuando han avanzado las conversaciones de paz o sufro ante la posible ruptura de dicho proceso. El tipo de escrito aquí esbozado constituye una crónica con continuidades y discontinuidades, que aparecen y se difuminan, pero marcando hechos que no quiero repetir.

En 1952 vivimos una época llamada ahora por los historiadores como: “la violencia”. Mi papá pertenecía a una familia de tradición familiar liberal, sus tíos abuelos habían luchado y algunos

* Trabajadora Social, Magister en Estudios de población.

de ellos murieron en la Guerra de los Mil Días. En su sentir no había “godo bueno” y cada quince días bajaba al Magdalena Medio, una zona muy afectada por la violencia denominada como “caliente”, a participar en la administración de una finca. Llevaba también drogas y enseres para las guerrillas liberales, que allí se defendían de la arremetida conservadora. Conversaba con vehemencia cuando se refería a los llamados “pájaros”, decía que arrasaban pueblos enteros en Santander; era anticlerical porque la curia apoyaba a los conservadores, mientras amenazaban con la excomunión, si leían a *Vanguardia Liberal* -el periódico regional de este partido fundado por Alejandro Galvis Galvis-.

Varias veces mi papá se salvó de ser asesinado por los conservadores, que en ejércitos- muy parecidos a lo que ahora llamamos paramilitares-, le persiguieron por los cafetales. Debimos exiliarnos y se escogió que partiera hacia los Estados Unidos para salvar su vida. Mi mamá viajó con él a instalarse y mi abuela, con la tenacidad de las mujeres protectoras, se hizo cargo de nosotros aún muy niños: yo de 5 años, mi hermana de 3 y el chiquito de 1. Finalmente nos entregó en Estados Unidos después de volar en un avión de cuatro motores, que gastaba ocho horas en llegar a Miami. Después de un tiempo y al calcular una disminución del riesgo, ilusionados por la paz prometida por el general Gustavo Rojas Pinilla, retornamos del exilio a instalarnos de nuevo en Bucaramanga.

Posiblemente este primer evento me volvió sensible a las noticias sobre la violencia, siempre transmitidas por mi padre: sentí escalofrío con las historias de la bomba en Cali en 1956, con la masacre de los estudiantes que resistían ante el gobierno dictatorial de Rojas y en general, los múltiples comentarios acerca de los muertos regados en los hospitales en Bucaramanga. Recuerdo el estupor que me generó el libro sobre

la Violencia en Colombia de Eduardo Umaña Luna, Orlando Fals Borda y Monseñor Germán Guzmán Campos, en especial las fotografías de los cortes de franela y las mujeres embarazadas a quienes les quitaban los hijos para insertarlos sobre sus cadáveres.

Pasaron décadas y ya universitaria, en los años de 1970, me convencí de la necesidad de cambiar la sociedad a partir de una revolución de corte socialista. Mis ideas me llevaron a romper con mi papá, porque creía en el abstencionismo durante esos años, a pesar de su temor ante la posibilidad de que el exdictador Rojas volviera al poder. Yo más bien gozaba rebelándome contra mi padre e iba a los llamados “tugurios” de Bucaramanga a cantar canciones revolucionarias.

Varias décadas después, cuando ya había desaparecido en mí esta fiebre revolucionaria - pero sin dejar de soñar como hasta ahora, con un cambio cultural y de equidad social-, los sectores más ricos de la ciudad estaban otra vez sometidos a la violencia y en pánico por el avance de las guerrillas: tanto el EPL como el ELN y las Farc, les secuestraban y en especial el primer grupo, cometían todo tipo de atrocidades con sus cuerpos. En 1992 mi hermano fue secuestrado por las Farc, cuando salía de la oficina. Le confundieron con un homónimo, un funcionario del gobierno administrador del programa estatal de vivienda y a quien la guerrilla acusaba de extraer para sí, recursos del Estado. Mi hermano tenía bajos ingresos, pero mientras se constataba esta situación, permaneció encadenado dentro de unas cuevas cerca de Barranca donde las Farc tenían los frentes guerrilleros. Confundido como muchos secuestrados de la época le hicieron escribir a su familia en julio 18 /92, la siguiente misiva:

“me está matando la nostalgia ... les pido aportar algo material , para que yo pueda estar al lado de todos. Nuevamente les suplico, mi vida depende de la negociación, sean diplomáticos y ágiles”.

Hice con mi esposo todos los trámites para contribuir a su liberación. Como las Farc estaban en conversaciones con el gobierno de César Gaviria, se le enviaban razones aclarando la situación, en especial con las personas encargadas de las negociaciones. Otro hermano se desplazó hasta los frentes guerrilleros y de todas las formas tratamos de aclarar la equivocación del secuestro. Desde el momento de la noticia sentí varias emociones: rabia y un dolor que se acrecienta al compartir el sufrimiento con mi mamá, la furia de mis hermanos, una sensación de un vacío en el estómago que asocio con recibir una puñalada en todo momento. Sentía a la vez impotencia por vivir en este país y creer que no se puede hacer nada por cambiarlo.

De todos modos, yo iba cada 15 días a Bucaramanga, para ser solidaria con mi familia y convencida de que el diálogo con la guerrilla era la salida. Después de 6 meses a mi hermano las Farc le dieron un dinero para el pasaje en bus y le dijeron que nadie iba a pagar por él, pues no valía los gastos de esa operación; una vez llegó a la casa, lloraba todo el tiempo, le habían dicho que eran los paramilitares los que lo secuestraron, mientras a nosotros nos mandaron cartas acusándonos de ser una familia poderosa, vendida al establecimiento, firmada por las Farc.

Desafortunadamente mi hermano rechazó cualquier apoyo emocional terapéutico y aún no se ha recuperado. Continúa con sentimientos de temor por ser perseguido, viendo a sus victimarios en cualquier lugar, agresivo sin causa inmediata y parece resentido contra quienes le rodean.

Pasaron los años y mis vacaciones en Santander no estaban ajenas a escuchar toda clase de dificultades vividas por mis hermanos en el Magdalena Medio. Llegaba un grupo guerrillero, amenazaba, se iba o volvía otro. Poniéndome en los zapatos de ellos, creo que su vida ha sido espe-

cialmente difícil y mis fantasías varias veces se asociaban con temores, creyendo que era la última vez que les veía. Al tiempo oía comprensiva sus críticas en contra de mis posiciones sobre la necesidad de buscar la paz a través de las negociaciones.

Así fue llegando el año de 1999, pleno de los momentos difíciles que me conectaron con el conflicto armado. Celebramos su llegada en una pequeña finca familiar en la Mesa de los Santos -cerca de Bucaramanga-, heredada de mi abuela. Yo siento que su fantasma aún reside allí, ofreciéndonos compañía y alegría de vivir. La noche se pasó en medio de la música tradicional, el baile, unos whiskys, la comida y en especial, las idas y venidas de mi mamá para evitar que alguno de mis hermanos se fuera a pasar de copas. Las risas y los chistes constituían el ambiente general. Reíamos ante la situación creada por el perro cuando se comió el pernil preparado con antelación como parte de la cena, bromeábamos ante el ruido de la pólvora, mientras contemplábamos el muñeco, llamado 'año viejo', vestido para ser quemado a las 12 de la noche, relleno de pólvora -"totes" y "gallinetas" -, que reventaban apenas se acercaba el fuego. Sin embargo ante el final de 1998 y la llegada de las doce de la noche, yo pensaba en la proximidad de un año nuevo pero duro y difícil.

En esa época, mi principal actividad en el trabajo universitario consistía en dirigir con entusiasmo un grupo de investigación sobre los cambios de la paternidad y la maternidad, debía coordinar varias universidades del país, con un equipo integrado de amigos, amigas y compañeras, entusiasmadas ante la posibilidad de investigar y producir nuevos conocimientos. Veía ese trabajo como el proyecto de mi vida, porque pensaba que así continuaba los estudios de Virginia Gutiérrez de Pineda, líder en la investigación de familia en Colombia.

Al tiempo, percibía que con mi pareja ya no había una buena relación, me sentía minimizada en su compañía, la ternura entre los dos no fluía, y como con frecuencia nos pasa a las mujeres, al sentir su rechazo mi cuerpo, mi cara y mi intimidad no tenían para mí ningún valor.

Como parte de esta investigación, en marzo de ese año asistimos a un seminario en la Universidad de Antioquia sobre la “función del padre”; establecimos intensos debates. Mi amistad con Hernán Henao, compañero de la investigación se acrecentó, conversamos acerca de todo: sus luchas por la identidad regional a partir de la creación del INER¹, sus peleas con las Farc para que no sabotearan con bombas la rectoría de Jaime Restrepo, su amor por Dora y sus hijas, las sensaciones que le despertaban el nuevo estilo de paternidad y el acercamiento a teorías sobre las relaciones de género.

No me había equivocado al presentir un año difícil: el 4 de mayo asesinaron a Hernán Henao. Habíamos conversado esa mañana sobre la necesidad de diseñar los instrumentos de la investigación. Yo no creí la noticia y mi reacción inmediata fue regañar a mi asistente, por la información que me daba. Creía que era una equivocación, podía ser un homónimo, pero era real: unos sicarios le dispararon en la cabeza cuando los recibió en su oficina de la Universidad de Antioquia. Perdimos al amigo y al compañero de trabajo. Unos afirman después de varios años que fue una equivocación, y Carlos Castaño, quien se atribuyó el asesinato, estaba arrepentido. Al tiempo otros aducen que el asesinato fue ordenado debido a un libro que mostraba cómo este grupo de las AUC expropiaba la tierra de los campesinos. Hernán nunca se imaginó que aquellas ilusiones eran imposibles de plasmar en nuestro país.

1 Instituto de Investigaciones Regionales de la Universidad de Antioquia.

Una vez superada la desesperanza provocada ante este asesinato, el 4 de junio estaba en mi casa trabajando, cuando me llamó mi cuñada llorando. Me dijo: “el ELN iba a secuestrar a su hermano Luis Alejandro, le dispararon en la pierna, el tiro llegó cerca a la arteria, se salvó por milímetros, pero se llevaron a mi hijo”. En efecto mi sobrino iba con él y se ofreció a irse con los guerrilleros, pensaba que así salvaba la vida de su padre. Él entonces tenía 19 años, lo subieron por la Cordillera Oriental, hacia espacios donde el ejército no llegaba, ni podía vencer los cordones de seguridad establecidos por miles de guerrilleros.

Desde ese momento nos pusimos, otra vez, en plan de negociar para traer a mi sobrino a casa. Tan pronto se recuperó mi hermano comenzó a buscar con quien conversar ya que no había otra vía; en Bucaramanga, muchas familias habían vivido esta situación y así lograban salvar a sus parientes. De nuevo se volcaron las esperanzas en las gestiones a cargo de mi exmarido, quien estaba negociando para lograr acuerdos de paz con la cúpula de este grupo guerrillero.

Otra vez sentí dolores similares a puñaladas atravesando mi estómago, vivencí de nuevo la impotencia provocada por este hecho. Esta vez las sensaciones eran más fuertes, posiblemente por tratarse de un menor, por el cansancio al repetir otro secuestro y en especial, al compartir el dolor con mis hijas: la adolescente muy adolorida con estos hechos, y con las otras dos hijas mayores, que a la vez vivían con la tristeza ante el secuestro de otro primo en Barranquilla. Esta situación generó todo tipo de desastres en mi familia: enfermedad en mi mamá, conflictos entre mis hermanos relacionados con la angustia sentida por todos y el cansancio al tocar puertas como hacía siete años. Una carta escrita por mí a mi sobrino secuestrado en septiembre de 1999, aclara más los sentimientos y las dificultades de esta situación.

“Bogotá septiembre 18 de 1999.

Querido sobrino:

Desde el día de tu secuestro, siento una angustia profunda, desconsuelo, amargura e impotencia. Esta sensación me acompaña desde el momento que me despierto hasta el anochecer, ya que corroe mis entrañas y aumentan cada día ante el silencio de tu cautiverio.

Tú y toda mi familia, saben que desde muy joven he luchado por superar los problemas sociales de este país. De niña fui católica, estudié trabajo social para ayudar a los pobres, pero posteriormente simpaticé con las tesis de Marx y soñaba con una Colombia socialista.

El paso del tiempo, la evolución de la sociedad, la madurez, el estudio constante y una mentalidad crítica, desmontaron mis sueños juveniles. Aprendí a pensar por cuenta propia, aunque hasta la muerte seguiré creyendo en la posibilidad de construir un país más equitativo. Por ello, acciones como ésta del movimiento armado, me oprimen y cada vez más me desconciertan.

Me pregunto: ¿Qué imaginario les rige? ¿Por qué caemos en esta carrera de muertes, de secuestros, de extorsiones y venganzas? ¿Dónde está el valor por la vida humana? ¿será que después de destruir a los jóvenes, a niños y niñas, los recursos naturales, la economía, los sueños, vendrá una mano mágica que nos sacará adelante? ¿no será suficiente el ejemplo de los países africanos para demostrar que con una guerra como esta salimos todos perdiendo, así seamos ricos o pobres, hombres y mujeres, mientras el capital internacional cada día está más fuerte? A mí me duele cada muerto que pasan en los noticieros, tan ávidos de figuras macabras, sean ellos o ellas, guerrilleros o soldados.

A ti, mi muchacho de 20 años, solo quiero recomendarte que pongas en práctica la película que vimos hace unos meses: la Vida es Bella. Aunque para ti la única compañía sea el silencio de la noche selvática o los ruidos de grillos, pájaros y lechuzas, aunque solo te consuelen la luna y las estrellas, recuerda las posibilidades que alcanzamos cuando logramos convertir un campo de concentración en algo bello. A tus secuestradores, los invito a pensar sobre sus posibilidades vitales de otra manera, primero dejar las armas, que construyamos una cotidianidad distinta, buscar los caminos que cada vez más se cierran cuando se profundiza la crisis social y todo el presupuesto se gasta en la guerra”.

Parte del trabajo de mi exmarido fue enfrentar la situación del conflicto armado acrecentado y como profesor de la Universidad Nacional contestaba invitaciones esclareciendo la coyuntura política, siendo cada vez más consciente de que las fuerzas paramilitares nos atravesaban y al tiempo que la guerrilla secuestraba, ellas realizaban masacres y desterraban campesinos. Él de-

nunciaba la situación por todo el país, ofreciendo conferencias al respecto. Como ya referí ante el secuestro de nuestro sobrino, trató de dialogar y gestionar su liberación, hasta que como a muchos activistas por la paz de esta época, comenzaron a llegarle las amenazas. Decide partir al exterior, comunicándonos muy poco sus inquietudes. Ante mi temor y el dolor cuando sentí esta

falta de comunicación hacia mí, una vez fuera de Colombia, él relata este momento en una carta del 28 de septiembre de 1999:

“Si no hablamos de ésta situación mía, de la preocupación que a nadie le expresé durante semanas, en las cuales me sentía incómodo, amenazado, inseguro, con una corazonada a la que finalmente decidí atender, no es por sobreprotector... Decidí no preocuparlas, siendo que se trataba de temores míos, subjetivos, porque nunca hubo amenazas. Sólo cuando estas se produjeron, me animé a hablar... Para mí ha sido terriblemente duro tener que salir así... dejándolas a ustedes, la universidad, mis trabajos”.

El exilio, la decisión tan dura de dejar todo y el seguir la corazonada, era una realidad que se plasmó en el asesinato de Chucho Bejarano, profesor de la Universidad Nacional y el atentado contra Eduardo Pizarro al final del año. Los profesores universitarios fueron víctimas de las balas de los paramilitares.

Así se pasaron los meses atendiendo el secuestro de mi sobrino, yendo y viniendo de Bucaramanga, íbamos a marchas, hacíamos gestiones: buscando con la Cruz Roja, la Defensoría del Pueblo, las personas que formaban parte de reuniones por la paz. Al tiempo, mi hermano ya superado en su herida, pero destrozado, buscaba todo tipo de posibilidades para comunicarse con la guerrilla y retornar a su hijo.

Más que escribir mis recuerdos me parece valioso citar directamente a mi hija Natalia, en esa época de 13 años, quien interpretaba y describía al tiempo, lo que estaba sucediendo:

“En mi caso, mi vida, yo comencé a sentir la guerra desde 1999, cuando secuestraron a mi primo. Desde ese momento yo sentí que todo se me volvía más difícil, entraba a más problemas, dolor por cualquier cosa y lo peor de todo es que veía más lejos la felicidad.

Yo me acuerdo que todo comenzó en junio, no sé bien la fecha, pero sí que estaba viendo la televisión, un especial de los Back Street Boys – mi grupo de música favorito-. Mi mamá estaba trabajando en la sala, cuando contestó al teléfono y era mi tía Ana María llorando. Mi mamá le preguntó: ¿qué pasaba? y comenzó a preocuparse hasta que le contó. Yo al escuchar a mi mamá gritar su nombre y llorar, así que bajé corriendo y vi a mi mamá tirada en el piso y me contó. En ese momento yo sentí que todo se me acababa, que la soledad me llegaba, igual que la tristeza, rencor y lo peor de todo, es que vi el camino hacia el otro lado de la vida, la vida mala.

Mis amigas me ayudaron a desahogarme, a salir, ir al colegio, pero eso no se pudo cumplir, puesto que desde ese día mi personalidad comenzó a cambiar. Ya no era la misma Natalia. Ya no era pues, la tenía contra mi mamá, como si ella tuviera la culpa de todo lo que estaba pasando. En las clases me distraía, pesando en él, mis notas comenzaron a empeorar y comencé a pelear con mis amigos.

Yo esperé que los otros meses las cosas fueran mejores, pero no pudo ser así, pues mi papá (Jaime) como era politólogo y quería la paz, acá en Colombia, los paramilitares lo amenazaron y tuvo que irse a vivir a París. Eso también me dio muy duro, pues yo con trece años, así como todos los adolescentes necesitamos siempre a papá y mamá. Necesitábamos el afecto de los dos y yo toda mi vida había sido muy protegida, había recibido mucho afecto de ellos y sabía que no iba a ser fácil recibir solo afecto de uno.

Yo no sé: ¿qué había hecho esta familia para recibir tantos golpes? Antes, lo que más me gustaba era pasar la navidad. Ya se llegaba la navidad y el año nuevo. Pero no, lo único que le pido a los paramilitares y la guerrilla es que hagamos la paz. Por favor denos a mí y a los niños colombianos el mejor regalo de navidad: la Paz. No quiero que este 24 de diciembre escuchar a mi abuelita darnos los regalos a todos y después cada uno para su casa. Porque yo por lo menos, me voy a dormir”.

El padre de Natalia se las arregló para que las reflexiones de esta niña, fueran leídas por la cúpula del ELN. Además el tiempo del secuestro ya era suficiente, con frecuencia después de unos meses, devolvían a los secuestrados, las gestiones

hechas por mi hermano también fueron dando frutos, hasta el 22 de diciembre.

Ese fue un día muy especial; estaba escuchando el noticiero con mi hermano y mi cuñada, veía las referencias sobre el atentado contra Eduardo Pizarro - hermano de Carlos Pizarro asesinado en 1990, una vez se consolidaron las conversaciones con el M-19-; Eduardo se salvó de morir por tirarse al suelo y posiblemente, por falta de experiencia de los sicarios. En este momento sonó el teléfono y se reabrieron las conversaciones sobre la liberación de mi sobrino, una vez acordado que mi hermano lo iba a rescatar y por supuesto a pagar una suma de dinero considerable.

Varios retos implicaban traer a mi sobrino desde el alto de la montaña: subir hasta esos lejanos frentes, llenar de billetes el jeep y esconderlos entre la carrocería para evitar que en el viaje fueran saqueados y asesinados por el dinero que llevaban. Debía llevar cuatro perros lobos para el comandante y entregar algunos caballos. Una vez hechos los preparativos, el 24 de diciembre por la mañana mi hermano con otro pariente subió a Corazones – en las montañas cerca a Aguachica- y pasó los obstáculos temidos. A las 11 a.m. se entrevistó con el comandante, contaron el dinero y le dieron 15.000 pesos de vueltas para los gastos del viaje (sic). Padre e hijo se abrazaron y comenzaron el descenso. A las 6 p.m. llegaron a Aguachica y a las 9 y media de la noche arribaron a su casa en Bucaramanga en medio de voladores, llantos, risas y música. Se inició la fiesta por el regreso de mi sobrino, por la navidad y Natalia no se fue a dormir (sic). El año nuevo, el vaticinio de una época diferente, de un siglo distinto y la nueva década daban nuevas esperanzas y se perfilaba distinta y por lo menos, las tensiones del secuestro fueron disminuyendo.

Con todos estos acontecimientos, el exilio de mi marido y sus infidelidades, mi relación de pareja

terminó por resquebrajarse; solo quedaba hacer el trasteo, dividir los muebles, pero había que esperar al año 2000, ya eran suficientes tantos acontecimientos en el 99. Hoy la familia se encuentra dividida por tendencias políticas diversas. Natalia vive en el exterior y pienso que todos estos acontecimientos fueron incidiendo en que haya proyectado sus sueños en otro país. Paradójicamente, durante 1999, el único entierro al que asistí por muerte natural, fue el de Virginia Gutiérrez de Pineda, mi líder intelectual y amiga. Seguí adelantando nuestra investigación, gracias al trabajo en equipo y a la ayuda de las y los estudiantes de la Universidad Nacional.

De todo esto creo que aprendí a vivir por mí misma, ya que por primera vez sentí que yo era yo, y que ninguna relación con un hombre podría frustrar mi existencia. Aunque tarde, sentí que podría construir mi ser, no tenía que esperar a estar acompañada de una pareja para sentirme bien o mal.

Han pasado 14 años desde los últimos hitos que marcaron mi vida, al estar tan cerca el conflicto armado, el exilio, y luego la separación. Sin embargo, aún estas épocas se mantienen presentes en todas mis narrativas, brotando con facilidad en mis recuerdos. Aún mi cuerpo se estremece ante los múltiples eventos que viví; estos siguen convirtiéndose en una herida que con facilidad se abre y apenas se cierra, sin la fuerza suficiente para quedar sellada. Reviví aún más fuerte estas situaciones desde el 2012, cuando se vivencian ciertas esperanzas ante los acuerdos sobre la paz. Estas experiencias las narro porque creo firmemente en la **no repetición**. No quiero estos hechos o similares para mis nietas y nieto. Ahora espero el proceso de paz con ilusión, porque mi cuerpo ya no resiste, ya no aguanta más violencias. ¡Es suficiente!

Bogotá, julio 2/2015